

PALABRAS DEL AUTOR EN EL ACTO DE PONER EN
CIRCULACION "EL PENSAMIENTO Y LA ACCION
EN LA VIDA DE JUAN PABLO DUARTE"

Carlos Federico Pérez



EN alguna oportunidad nos hemos referido a la conveniencia de que el autor de un libro contribuya a la orientación del lector haciendo referencia a los propósitos que le han movido para elaborar su trabajo.

El lector podrá considerar luego, ya en función de crítico, la medida en que se han frustrado las intenciones del autor o hasta donde alcanza la realización de lo que éste último se proponía.

Si admiten ustedes que hagamos la prueba de semejante conveniencia, nos permiteremos decir que el primero de nuestros propósitos, al atender a la convocatoria del Consejo Interamericano para la Educación, la Ciencia y la Cultura para un concurso interamericano en homenaje al Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, fue contribuir, si la suerte nos acompañaba, a la difusión continental del conocimiento de la personalidad de nuestro gran patricio. Nos animaba, entre otras razones, la creencia de que uno de los mejores y más firmes vínculos de solidaridad interamericana, es el aprecio recíproco entre los países del continente de los grandes próceres de cada uno de ellos, cuyas virtudes se aúnan en tantos aspectos, ya que

América, al nacer a la vida independiente, tenía un patrimonio común que desarrollar y fueron sus libertadores quienes le dieron forma e impulso dinámico.

Abrigamos por eso el convencimiento de que la Organización de los Estados Americanos cumple funciones muy dignas de encomio al promover, dentro de sus actividades de difusión, el estudio del pensamiento y los hechos de los grandes próceres americanos.

En segundo término, fue nuestro propósito, al responder a la oportunidad que ofrecía la convocatoria del Consejo Interamericano para la Educación, la Ciencia y la Cultura, poner de manifiesto, si era posible, cómo Juan Pablo Duarte al realizar su obra, tuvo una comprensión cabal de la realidad histórica dominicana e hizo provecho de la misma para dar vigencia al ideal supremo de la nacionalidad.

Cuando hace unos momentos nos referíamos al hecho de que América tuvo el privilegio de poseer, como continente, un patrimonio común, fraguado por la geografía y sobre todo por la historia, no ignorábamos que también hay notas peculiares que definen la personalidad de cada una de sus naciones. En este sentido, estimamos que Santo Domingo es, probablemente, entre las comunidades americanas, una de las que reúne mayormente notas singulares forjadas por el curso de su desarrollo a través del tiempo.

Fue esta creencia la que nos alentó para dedicarnos a elaborar este libro sobre Duarte con atención especial a esas peculiaridades, no solamente por lo que, bajo el palio de la libertad, la aspiración a la vigencia de los derechos humanos y al gobierno democrático, sirvieron ellas de ingredientes a la formación de la nacionalidad dominicana, sino porque para comprender y valorar la obra de Duarte es necesario tenerlas en cuenta.

Ninguna obra político-social puede tener fundamento sólido si no hunde sus raíces en lo que el pretérito, silenciosamente, por lo regular, pero con redobles de tambores en los momentos del clímax, ha venido señalando en el transcurso de su devenir. Es cierto que toda acción vuelve la

cara de preferencia hacia el futuro, de lo contrario se estancaría la historia, pero es cierto asimismo que toda acción, para tratar de justificarse, pretende tener fundamento en los antecedentes de la problemática que enfrenta. Que sea justa o no la atribución, es harina de otro costal; tal vez podamos decir que generalmente la justicia y la verdad la maltratan en este terreno los políticos al uso; frecuente es la comprobación de ello en la caldeada parcela del presente.

Tales han sido los propósitos primordiales con que elaboramos el tema *El Pensamiento y la Acción en la Vida de Juan Pablo Duarte*. Quienes se decidan a leer el libro que hoy se pone en circulación podrán juzgar en qué medida, aunque sea en forma sucinta, dichas intenciones han sido satisfechas, o cuánto cabe atribuir a la frustración de las mismas. En todo caso, no resistimos la tentación de abonar con unas consideraciones adicionales la simiente del segundo propósito que abrigamos al escribir sobre el tema propuesto.

Creemos que Juan Pablo Duarte tuvo el acierto de emprender y madurar la obra de creación de una nacionalidad organizando los elementos de la corriente histórica que había hecho de la población que finalmente quedó asentada en la parte oriental de la isla de Santo Domingo una comunidad solidarizada alrededor de una serie de creencias, valores y perspectivas, que la movieron a actuar concertadamente en los momentos más difíciles. Tuvo en cuenta así, el papel que correspondió a la Iglesia Católica en la conformación del pueblo dominicano; hizo provecho del sentimiento igualitario que, con las vicisitudes y el aislamiento, quebró en gran medida las barreras raciales y sociales; se percató del papel que correspondía a la enseñanza, en medio de la desolación intelectual que existía, para sacar a flote y hacer conciencia de la identidad que amenazaba con naufragar; vio con nitidez el destino democrático que se visualizaba a través de tal complejo; y todo ello lo puso bajo el valor supremo de la nacionalidad que nadie, como él, abrazó con tanto ardor y plenitud de conciencia.

Al servicio de ese valor supremo y del destino democrático, que era su anejo inevitable, ejerció su magisterio político, porque, aunque la brújula de la historia señalaba hacia ambos valores, hubiera sido tonto ignorar el balance negativo que frente a ellos arrastraban muchos antecedentes históricos presentes en hábitos de vida seculares.

Creemos que cuanto decimos se confirma con sólo dedicar una mirada a nuestra simbología nacional, única en América: la cruz de la bandera y el escudo salva la desigualdad de las razas; el evangelio en el escudo alude a los valores que, en medida sumamente apreciable, vertebraron la comunidad dominicana; las palabras Dios, Patria y Libertad conjuncionan lo divino con los dones inalienables del espíritu constituidos por el sentimiento patrótico que ama y se goza en la libertad.

Réstanos ahora expresar nuestro agradecimiento a la Organización de Estados Americanos por las atenciones que nos ha dispensado; a la Academia Dominicana de la Historia, que sirvió de Secretaría del concurso; al Instituto Duarte, por la gentileza de su Presidente al dar acogida a nuestra solicitud de que hiciera la presentación del libro; a la Biblioteca Nacional por haber dado hospitalidad a este acto, y, desde luego, a nuestra querida Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña por haberse asociado en la coedición de la obra. Igualmente hacemos llegar nuestro testimonio de agradecimiento a todas las personas que han honrado con su presencia este acto, muy especialmente a los señores Embajadores de las naciones hermanas.